

DON LUNÁTICO

Antonio Mojeda



A mi padre:
La persona más importante que ha habido en mi vida; sin él habría sido
un desastre irreparable.
A Ani, mi mujer.
A mis hijos:
Juan,
Ana Belén e
Irene, y a mis nietas
Ainara y Ana

DON LUNÁTICO

Antonio García Salado



Ediciones Albores

DON LUNÁTICO

1ª Edición: Sevilla a 15 de Noviembre de 2023

©Copyright de la obra: Antonio García Salado

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19946-33-1

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

Más grande que todos los océanos
de la Tierra es el pensamiento.
Más grande que el mundo es el alma.
Y, mucho, mucho más grande que el Universo
es el amor.

PRÓLOGO

Un prólogo, cuando son propicios los astros, como diría Borges, no es una forma subalterna del brindis; es una especie lateral de la crítica. Eso me pasa con Antonio Mojeda, gran lector, pero sobre todo amigo, cuando me pide unas líneas para su segunda novela, *Don Lunático*. Es difícil no hacer una loa para alguien que escribe y más difícil todavía a un escritor, que recientemente se ha iniciado en esto de la divulgación de lo que escribe y que se perfecciona día a día, a través de su constancia, de su tesón, de sus consultas permanentes.

Un castellano en Andalucía, se asienta en un territorio del sur de la península, aparte de ingeniero, su gran afición es la astronomía, por donde circula todo el relato, con una obsesión, la observación del mundo estelar que conlleva el apodo y título de la novela *Don lunático*. No solo manifiesta los cambios bruscos de carácter o de humor sin explicación, la dosis aumenta en extremo hasta llegar a situaciones insospechadas, las manías ya no son transitorias, la selenofilia forma parte de la leyenda de los pueblos cercanos.

Como podremos imaginar; chalado, chiflado, ido, perturbado, forma parte del lenguaje de sus vecinos, justificable o no ya lo juzgaremos al leer la novela. Algunos indicios nos apuntarán a esto, se deshace poco a poco de las tierras heredadas de sus padres y de su propia familia.

Solo una luz en el camino Juanillo, el niño de una aldea cercana que muchas noches divisaba, veía y observaba con “Lonino” así, lo llamaba Juanillo, el mundo de las estrellas.

La noche se fue haciendo aún más oscura y el cielo se llenó de hermosos puntos brillantes, casi todos parpadeantes y emitían destellos luminosos. En el filo del monte, Leonino miraba maravillado la espectacular cúpula estrellada.

Este es uno de los párrafos identificativo del protagonista.

El cielo nocturno y su embeleso es la espiral señalada por Antonio para el seguimiento de toda la narración. Aunque el abanico de posibilidades se abre con otras insinuaciones; cómo se cree en los ciclos lunares y cómo influye en el estado mental de los dementes, el riesgo de un menor en los paseos nocturnos, la agresividad de los vecinos, la no aceptación de un personaje diferente como es Don Lunático.

En fin, muchos ingredientes para una novela de casi inicio, que Antonio Mojeda la ha depurado con algunos párrafos descriptivos como este; *Los vados, donde se bañaba la gente, se divisaban con claridad desde lo alto de la cornisa, y la curvada senda que subía por el valle se perdía en el cañaveral colina abajo hasta desembocar en el cauce.*

El decurso de los años me ha enseñado a revisar volúmenes y este me descubre la voluntad férrea, el empeño que ha tenido Antonio para desarrollar más de doscientas páginas con la coherencia y sensatez de los ojos que buscan expresar con los recursos del lenguaje un texto cerrado, esto es, una novela.

José Manuel Delgado Adorna

A un lado, la sierra norte, al Oeste, cruzando el elegante río y su vega, una tierra elevada, en Andalucía. Rica y generosa en toda su extensión. A ella, llegó un día junto con su familia don Leonino Cerval y Luna, hijo de don Fermín Cerval Escalada, empresario leonés que se dedicaba a la explotación del carbón en una mina situada no muy lejos de la capital castellana. Don Fermín, había vendido la mina después de que su esposa Matilde Luna Salazar se lo pidiera por última vez, ahora que los hijos ya eran mayores.

Se lo había pedido muchas veces, que dejara el maldito pueblo y cambiara el negocio de la mina por el de la agricultura, y se fueran a vivir allí donde el sol acompaña a sus habitantes casi todas las horas del día—. Imposible —, le había respondido él en esa ocasión —. Ahora que hemos encontrado un buen yacimiento de carbón mucho más cerca de la superficie y podemos ganar una fortuna, no desperdiciaré la ocasión de mi vida—. ¿Y a qué precio? — Le había respondido ella, harta ya de hablar de lo mismo y que siempre le respondiera igual —. Sabes los problemas que tienes con los trabajadores que piden más seguridad en el interior de la mina, mejores sueldos y mejor trato. Mueren a edad temprana, debido a la silicosis y el que sobrevive lo hace con la enfermedad crónica. Me gustaría que te dieras cuenta por ti mismo de la oportunidad que tenemos de cambiar de región y de vida.

Dicen, que en aquel lugar el cielo tiene un hermoso color azul y las noches estivales son una delicia. La gente sale todos los días, son muy agradables y trabajadoras, seguro que no te dan tantos problemas como los mineros aquí. A nuestra hija Inés le vendrá muy bien porque no sufrirá esos ataques, cuando se lleva largas temporadas encerrada en la casa por la cantidad de nieve caída durante el invierno, y para nosotros, la vida será mucho más llevadera. Podemos buscar un colegio donde esté bien atendida, o si no, que se quede en casa. Leonino y Fátima podrán presentarse a las oposiciones allí sin ningún problema igual que lo harían aquí o quizá mejor, y a mí, me haría más feliz. Además, vendrá con nosotros tu hermana Isabel que está soltera, joven, y dice que le encantaría ese cambio y no le importaría cuidar de nuestra hija. Allí podemos buscar a alguna joven que trabaje para nosotros y nos ayude en la casa. ¡Somos mayores, Fermín! —, le había recordado ella con lágrimas en los ojos—. ¡No quiero tanto dinero ni

tanto patrimonio! ¡Quiero vivir y ser feliz los últimos años de mi vida! Estoy convencida, de que el cambio será bueno para todos nosotros, incluso para ti, que podrás descansar tranquilo en una hermosa tierra.

Dos

Cuando la familia Cerval llegó a su destino, Leonino Cerval, a quien la vida se le había resumido casi exclusivamente a los estudios universitarios y al conocimiento casi obligado por su padre de la minería, se lo agradeció con un gran abrazo. Fátima, aunque al principio estuvo un poco reacia con el cambio, en lo sucesivo fue mejorando como ella no se esperaba.

Fue a mediados de diciembre cuando vieron por primera vez la casa cortijo. Había llovido unos días antes de que llegaran y hacía un frío muy distinto al de su tierra que calaba los huesos. La otoñada había sido abundante ese año, con más de un palmo la yerba crecida verdeaba el campo en toda su extensión. Pero lo que más llamó la atención a Leonino fue que, por la mañana cuando salió de la casa, toda la hierba alrededor de la vivienda más la que podía ver desde allí, se había cubierto de blanco durante la noche. Asombrado por semejante espectáculo, se colocó un abrigo largo, se cubrió la cabeza con un gorro de lana y dio un paseo por las inmediaciones para comprobar hasta dónde llegaba el manto helado. Aunque la finca tenía su nombre, a partir de ahora él la llamaría Campo Blanco.

Don Fermín que tanto se opuso a la idea de su mujer quedó maravillado con las ricas tierras de cultivo; sobre todo la vega. Por aquel entonces, los años eran muy lluviosos, las tierras estaban hartas de agua y había manantiales en abundancia. Cuando llegaban los temporales de agua, los hombres apenas podían salir de sus casas, las aguas del río bajaban desbordadas anegándolo todo, y durante días parecía una zona tropical con hermosos manglares en los esteros. En verano, el agua corría desde su nacimiento en la sierra norte, limpia y fresca por el cauce, bañando a su paso pueblos vecinos. Una gran alameda de mimbres, chopos y álamos sombreaban en muchas partes el cauce del río, fluyendo interminablemente durante todo el verano. En algunos tramos los juncos asordaban el sonido del agua y se

formaban hermosos remansos. Los lampazos, cubrían como corazones de papel gran parte de la superficie del agua. Los peces pompeaban las serenas aguas y formaban círculos silenciosos que se ampliaban sobre el verdeazulado líquido y desaparecían suavemente en la orilla.

Los vados, donde se bañaba la gente se divisaban con claridad desde lo alto de la cornisa, y la curvada senda que subía por el valle, se perdía en el cañaveral colina abajo hasta desembocar en el cauce. El balcón, lo cubría una franja verde que se extendía por el terreno quebrado hasta perderse allá donde ya la vista no alcanzaba en los montes agrestes. La yerba crecía en abundancia, verdeando las dos márgenes hasta unirse por poniente con un valle de olivos y tierra calma. Subía y bajaba por lo ondulado del terreno hasta perderse en la línea azul del horizonte. Hacia el Este, el talud de un gran promontorio limitaba las cañas, los álamos y las zarzas que rozaban los pies del montículo e impedía la subida a la atalaya. Solo algunos arbustos nacidos entre las grietas de la pared calcárea y algunas plantas trepadoras, llegaban arriba; tímidas y discretas arañando los salientes verticales hasta tocar las primeras casas de la población: doradas en las tardes claras de primavera por las últimas luces del ocaso. Sus habitantes disfrutaban de esa ubicación, sobre todo, cuando el viento de poniente refrescaba por las noches los testers de los hogares caldeados durante el día por el tórrido calor del verano. A la espalda del pueblo, en un laberinto de caminos y senderos vecinales, se repartían ordenadamente todas las hazas de olivos y viñas de la población. Y más allá, en los límites de la campiña, un extenso bosque de encinas, alcornoques, acebuches y pinos, cortaba el paso a los olivares y abría paso a la llanura; un extraordinario escenario de canales entre juncos y almajos que regaba los arrozales que se extendían hasta tierras de ganado. Y por las tardes, casi a diario, a los jornaleros los refrescaba una marea bien llamada bendita.

Tres

Para que Leonino se desplazara por la finca, su padre, don Fermín Cervel le regaló un todoterreno con doble tracción para que

visitara los tajos y viera cómo trabajaban los hombres. No obstante, Leonino casi nunca cogía el coche con esa intención, sino que se perdía por los carriles de las plantaciones y la recorría toda de norte a sur para conocer todos los rincones de la finca. Con los trabajadores el trato era solo esporádico, pero bastante considerado con ellos. A veces, Leonino detenía el ritmo de trabajo de los hombres unos minutos y compartía con ellos unos cigarros, se aseguraba de que a ninguna cuadrilla les faltara el agua, comentaba cómo llevaban las labores, e incluso les preguntaba si había algún trabajador que tuviera dificultades económicas para intentar ayudarle.

Aunque don Fermín insistía en que cogiera el cuatro por cuatro para controlar al personal, y que todo fuera en la dirección más productiva, el joven Cerval seguía perdiéndose demasiadas veces entre las plantaciones y no visitaba a las cuadrillas en toda la mañana—. Ni falta que hace —. Le decía a veces a su padre cuando discutían sobre eso —. Los hombres saben lo que tienen que hacer y necesitan tranquilidad para realizar su trabajo sin que yo esté presente. Más de una vez le había dicho al capataz, que nada de meter presión a los obreros, que él quería trabajadores, no esclavos, y si algún día había problemas con alguno se lo comunicara al instante.

Con el tiempo, su singular forma de tratar a los obreros se extendió por toda la zona y muchos se la cuestionaron en sentido peyorativo, calificándolo de “loco”. Una cosa era respetar a los trabajadores y otra ser condescendiente con ellos. Le llamaban Leonino el “Magnánimo”. Su padre no quería que tuviera ese trato tan cercano con los hombres, decía, que de esa manera abusaban de la confianza y luego exigían más de lo que les correspondía. —Lo mejor es que no hables con ellos y te mantengas distante. Ni con el capataz siquiera —. Le aconsejó una mañana con rotundidad —. Debe limitarse a su trabajo y no cuestionarse tanto las gestiones de la finca. Para eso estamos nosotros. Leonino hacía caso omiso a aquellas recomendaciones, él no era cómo su padre pretendía, había salido a su madre quien le decía todo lo contrario y le animaba a ser considerado con los hombres. —Un hombre siempre hará mejor su trabajo si se le trata bien y siempre estará agradecido, —. Le sugería su madre, cuando lo veía discutir con su padre por esta razón; aunque después se enfrentara a él. —Tú tienes la culpa—. Le había dicho

muchas veces don Fermín a su mujer—, de que el niño haya adquirido esa costumbre de hablar y tratar a los hombres en el trabajo, después vendrán los problemas que yo tendré que resolver —. ¡Te equivocas una vez más! —, le respondió con contundencia ella en esta ocasión —, cómo lo hacías en la mina y aún no te has dado cuenta de ello... La autoridad hay que ejercerla desde el respeto a los hombres y no con el miedo. No sé si te habrás dado cuenta de que todavía no ha habido un hombre que se haya enfrentado a ti, ni comentarios desagradables en los tajos que hagan estropear los trabajos, y no creas que es por tu trato.

Esa vez no tuvo argumento que revocara aquellas palabras de su mujer, se subió rápido en el vehículo y se fue mascullando entre dientes palabras inentendibles.

A partir de ahí don Fermín comprendió lo que debía hacer y el joven ingeniero también lo supo. Cambiaron muchas cosas para el autoritario empresario, no obstante, no le quedaba otra opción si quería que desde ahora en adelante su hijo como primogénito se hiciera cargo de todo, y él, estar solo al corriente de cómo llevaba las tierras. Pero las cosas vistas de fuera parecen fáciles, y el que las lleva a cabo no las hace como debería. Ahora él, que siempre había infravalorado el trabajo de su padre, empezó a cuestionarse si estaba hecho o no para estos menesteres. Sin embargo, ya no había marcha atrás.

Cuatro

Tanta responsabilidad y trabajo había hecho que el joven ingeniero apenas se diera cuenta de los años que habían pasado desde que se hizo cargo de toda la finca. Demasiados eran ya, y, aunque le parecía que fue ayer, hacía ya mucho tiempo de eso. Tanto, que el año dos mil había quedado atrás y todo era ahora muy distinto, tan distinto que a veces cuando rememoraba detenidamente aquellos años pasados se sentía viejo y una extraña sensación de fracaso lo hundía al instante. Algo que él no se imaginaba cuando empezó hacerse cargo de todo.

La vida había cambiado en todos los sentidos, había avanzado tanto en tan poco tiempo, que apenas tuvo tiempo de adaptarse a ella. El matrimonio Cerval había fallecido: Primero su padre, después de un almuerzo en casa con toda la familia, allí mismo, le dio un dolor en el pecho y no pudieron hacer nada por salvar su vida; se quedó en la silla en la que estaba sentado y no se dio cuenta de nada. Cayó rotundamente. Al año de la muerte de don Fermín, su madre coge una pulmonía y cae en la cama. Una semana después se le complica el riñón, le provoca un fallo multiorgánico y muere tranquilamente en el lecho junto a sus tres hijos y su tía Isabel. Había perdido no solo lo que más quería, sino también las ganas de continuar con las tierras, y ahora él, que era un hombre al que no le gustaban en absoluto las ataduras sentimentales, cumple la promesa que le había hecho a su madre y se casa después de un largo noviazgo, con Lucía.

Se queda a vivir en el cortijo junto con su hermana Inés, su tía madrina y la trabajadora llamada Patricia, quien no tuvo inconveniente en quedarse a dormir allí. Fátima se había casado y empadronado en la ciudad donde trabajaba en un bufete de abogados. Sin embargo, Lucía, por la razón que fuere, no le puede dar hijos por mucho que lo intentan. Con la falta de su madre y los hijos que no llegan, su estado de ánimo decae y su capacidad para llevar la finca disminuye considerablemente. No obstante, él sigue con sus trabajos apurando cada minuto de luz del día, con la intención de que al final del año no queden restos de tareas por terminar. Pero todos los días se les hace de noche cuando da por finalizado todo lo que le ocupa.

Pasa el tiempo, y por mucho que busca métodos distintos para acabar antes las tareas y descansar, no lo consigue y se deprime. Él, desde hace tiempo tiene otros planes, unos pensamientos que nada tienen que ver con las gestiones de las tierras. Y ahora, quizá por los años ya cumplidos, ha decidido ponerlos en práctica antes de que le flaqueen las piernas y la memoria. Con mucho esfuerzo consigue llevar a cabo todo el trabajo, pero ya el cansancio es mucho, demasiado, y se siente solo y triste. La idea de desprenderse de todo y cambiar de vida está cada vez más en su cabeza, y no cesa en buscar ocasiones que le hagan llevar a cabo sus planes. Pero, la angustia ocasionada por no poder hacerlo es muy fuerte, y cae en un estado de

depresión que obliga a su mujer Lucía, a su hermana y a su tía a apartarlo durante unos días de todas sus ocupaciones.

Cinco

Tras unos días de confinamiento, su tía le insta a continuar con sus labores antes de que todo se convierta en un desastre irreparable, sin embargo, Leonino no da muestras de querer salir de su cuarto. Algo lo tiene imbuido, algo que le alivia su insaciable inquietud. Las mujeres que insisten en que ya es hora de que empiece a hacer vida fuera de la casa y continúe con las gestiones agrícolas, le han oído hablar consigo mismo; un monólogo que ellas no consiguen entender de qué se trata por mucho que agudizan el oído. Tiene el móvil apagado desde hace mucho tiempo. Sin abrir la puerta le piden que baje a comer y luego ellas puedan limpiar la buhardilla. Pero él, no está dispuesto a salir del claustro que se ha impuesto. No quiere ver a nadie, y a Lucía le preocupa mucho este encierro, está decepcionada después del tiempo que lleva casada y le propone a la tía sacarlo de aquel encierro.

—Yo no puedo seguir así, —. Le dice a Isabel bastante preocupada—. Si continúa con esa conducta tendré que irme de aquí y ustedes serán quienes lo aguanten; no tengo edad ni necesidad de esto.

— Está inmerso en unos escritos, —. Le hace saber su tía a Lucía —, y temo molestarlo sin que él diga nada. No debes preocuparte, dentro de unos días se le pasará, te lo aseguro, y saldrá para continuar con su trabajo.

Isabel que había querido tranquilizar a Lucía y ganar un poco de tiempo para ver si su sobrino se recuperaba, le aconsejó que tuviera paciencia con él. Con todo, sabía que ese plan de Leonino era totalmente anormal y no podía desembocar en nada bueno.

—Pero esta situación no tiene mucho sentido para mí, se ve que no tiene intención de salir, ni quiere nada conmigo —. Argumentó la mujer —. Desde que contrató internet no quiere saber nada de mí ni de nadie. Lleva ya mucho tiempo encerrado. Se va a volver...

— ¿Loco? —. Se anticipó a decir Isabel.

—Sí.

—No he querido alarmarte, pero ya que tú te lo cuestionas, no voy a mentirte. Yo también lo he pensado y no sé qué hacer.

Entre las dos mujeres hacen planes para acabar de una vez con el absurdo claustro. Toman la decisión entre las dos de acercarse al altillo y decirle que quieren ir a ver a la familia de Lucía para comer con ellos. Han insistido muchas veces y no quieren esperar más, —le dicen una vez más— y que él debería ir con ellas.

Lllaman antes de entrar, pero no contesta. Deciden abrir con cuidado la puerta y ver qué hace.

—Leonino, ¿Podemos entrar? —Pregunta la madrina —. Somos Lucia y tu tía Isabel

Pasan unos segundos sin que haya respuesta. Demasiados papeles sobre la mesa lo tienen absorto. Aun así, se levanta y les responde con sobriedad.

— ¿Qué queréis? —, espetó —. Estoy ocupado. Decidme, si es importante, porque no estoy para tonterías.

Las mujeres se cohibieron un poco con esa actitud poco habitual en él. Sin embargo, se lanzaron con su propuesta.

—Hace mucho que no sales, Leonino, y creemos que no es bueno para ti. La familia de Lucía nos ha invitado a comer a su casa y hemos venido a decírtelo para que nos acompañe.

La expresión de su cara cambió de repente y empezó a refunfuñar con cara de pocos amigos.

—Eso lo podemos hacer otro día, tengo cosas que hacer ahora.

—Es qué... habíamos pensado si...

No terminaron de decirle el asunto a tratar, cuando reaccionó dando un bramido a la vez que levantaba los brazos.

— ¡No os enteráis nunca de las cosas, venís a molestar, e interrumpir mi trabajo, y, además, queréis arrastrarme a ese convite y que haga las mismas simplezas que vosotras! ¡Podéis iros, y ya os diré yo cuando creo que debo asistir a esas comidas aburridas y llenas de comentarios desagradables que no aportan nada!, ¡así que no molestéis más! —Remató.

Las mujeres se miraron sorprendidas, y sin mediar palabras bajaron atolondradas y llenas de rabia. Y al llegar a bajo Lucía no pudo más y se sinceró con Isabel.

— Esto solo hace que yo piense en lo que tú ya sabes... no me queda más remedio que tomar una decisión.

La madrina no dijo nada y abrazó a Lucía, a la vez que le decía...

—Me gustaría poder decirte que solo es cuestión de unos días, pero no lo creo.

Seis

De momento el asunto quedaba así. A todas luces solo una cosa podía sacarlo de este estado mental lleno de reflexiones y deducciones en el que había caído. Él, que ya tenía una edad avanzada, y muy pocas ganas de seguir con gestiones administrativas y de pagar impuestos, se alegró como nunca se había alegrado de algo, cuando le llegó sin esperarlo la notificación para la expropiación de una gran parte de la finca; era la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando. Como era lógico no se conformó con eso y cedió a la propuesta que le hicieron de vender el resto del terreno para la construcción de un hospital y de un parque anexo.

Ahora, aunque le lloraba todos los días a su madre, su manera de ver las cosas había cambiado y, por lo tanto, los planes. A la hermana Fátima no le gustó al principio mucho la idea de vender, pero cuando comprobó la cantidad tan importante que ofrecían cambió de idea. Una ocasión tan buena como esa podía tardar bastante en llegar y no era momento de cuestionarlo.

Apenas dos años después de aquella ventajosa jugada económica, la finca, que durante tanto tiempo fue el latifundio del pueblo se convirtió en un entramado de carreteras, túneles y puentes que habían construido por medio de sus tierras. Arrancaron casi todos los olivos, y los que quedaron nadie les cogía las aceitunas ni los cuidaban, se espesaron de ramas y la tierra se llenó toda de yerbas. Parecía más un bosque de acebuches y taraje, que una tierra de olivos. No dejaron ninguna de las plantaciones de cítricos que tenían al lado del olivar, incluso la viña que sembraron en la ladera del monte pegado al cortijo y que tantos puestos de trabajo dio en aquel tiempo, la habían arrancado para no sembrar nada. Ahora, algunos años después de

cerrar todos los tratos, disfrutaba del capital acumulado y llevaba una vida ociosa libre de problemas económicos.

No obstante, para que su vida fuera más tranquila y dedicarse a lo que de verdad quería, buscó a un hombre que se hiciera cargo de todo el arbolado que le quedaba a la familia, incluido el jardín. Indalecio que así se llamaba, había trabajado con ellos durante mucho tiempo, serio, formal y nunca tuvo problemas con él. No era ninguna lumbrera, pero sí muy eficiente. Conocía el terreno y sabía cómo debía realizar los trabajos. Aunque no consultó con su hermana, porque no vivía con ellos, se lo dijo a su tía, a quien le pareció estupendo. —Nos vendrá bien a todos—. Dijo su madrina—. Sobre todo, a ti. —continuó Isabel — A Fátima se lo diremos cuando venga—. Remató la tía.

Una mañana, casi al final del otoño, cuando miraba por la ventana del torreón de la casa, los recuerdos le trajeron a la memoria lo que fueron aquellas tierras en los años pasados cuando aún vivía su padre, y volvieron las lluvias después de un periodo no muy largo de sequía. A la sazón, el campo se mantuvo generoso durante bastantes años y las cosechas eran excelentes. Ahora le daba pena verlo, aunque por otro lado se alegraba bastante de haber vendido a tiempo todo ese terreno. Él, como tantos otros empresarios, había venido notando que los veranos eran cada vez más calurosos y se alargaban hasta final de octubre. Las lluvias tardaban en llegar y cuando lo hacían las precipitaciones eran poco importantes.

Ya nadie lo ponía en duda. Los años hidrológicos casi no llegaban al mínimo de litros y los acuíferos estaban bajando más deprisa de lo que se pensó en un principio, incluso los pozos que el padre hizo para llenar los embalses con los que regaban todas las plantaciones habían bajado mucho el nivel de las aguas. Los desequilibrios del clima eran un hecho claro, pero parecía que nunca iba a llegar el momento en que el gobierno de la nación tomase cartas en el asunto. Los científicos ya lo habían advertido, y los ecologistas que, aunque publican de vez en cuando un artículo informando a la gente de lo que se avecinaba, parecía no surtir mucho efecto en la población mundial.

En aquellos años de abundancia don Fermín le había aconsejado, ahora que todo iba mejor, que viajara a Europa y buscara en ellos métodos de mejora en el campo y aprendiera nuevas formas de

cultivos para combatir los años secos. Y las plagas, que en la última década habían aumentado considerablemente. Viajó hasta a oriente donde tenían, decía el padre los mejores sistemas de riego del mundo. Asistió a congresos y a convenciones sobre el deterioro de la tierra y su prevención. Allí conoció a personas muy interesantes que le enseñaron otros modos de ver las cosas y aprendió y vio muchas otras que no conocía, por lo que a veces se olvidaba de las obligaciones que suponía el mantenimiento de la finca y el dinero lo gastaba en lo que no debía. Entre ellas, había conocido a un aventurero francés, viudo y sin hijos, a quien acabó admirando por sus extrañas ideas y por cómo vivía. Un fantasioso gabacho que se pasaba los días y los meses sin trabajar, tratando de inventar aparatos meteorológicos y astronómicos en casa de un compañero de universidad que vivía con él y que vestía como un andrajoso, apodado “Copérnico”, por su parecido con el astrónomo polaco. El francés decía que él no vivía a costa de sus padres, y por eso se había unido a un grupo callejero que hacía y vendía baratijas, de esta manera se costeaba sus trabajos y vivía con ellos. Así nunca dirían los progenitores que se lo pagaron todo. En el tiempo que estuvo, el francés le enseñó lo interesante de la astronomía y la importancia que tenía para el mundo. Le dio apuntes y compró libros recomendados por el amigo inventor.

Cuando el joven Cerval llegaba a Campo Blanco, atendía desganado las tareas agrícolas. Su padre, Don Fermín le había pedido entonces su compromiso con las tierras y no le falló, a pesar del poco interés. Pero ahora, sin los progenitores, sin tierras de las que ocuparse y con el beneficio obtenido de la venta, era él quien hacía y deshacía, y por eso tomaba decisiones que algunos consideraban descabelladas. Sobre todo, para la tía Isabel, quien ya había conocido de él una importante crisis de desvaríos.

Este casi radical cambio en la vida le vino sin esperarlo muy bien para sus planes. Todo el tiempo que dedicaba ahora a los caprichos, hizo mella en su ya machacado cerebro y rompió con la única mujer que quiso, pero con la libertad que daba no tener hijos a cargo. En la población se comentaba que ella no pudo soportar por más tiempo aquellas desavenencias y encierros frecuentes a los que no estaba acostumbrada. Que le preocupaban cosas que nada tenían que ver con la casa y la familia, y según ella, no le venían bien. Los años pasaron y

ninguna otra mujer que mereciera la pena para él llegó a cruzarse en su camino; lo cierto es que no había hecho ningún intento por buscar una nueva compañera. Desde luego para desahogar su deseo natural de hombre no tenía problemas, pero era algo que fenecía al instante y este desajuste se le notaba bastante en el semblante. Se oyeron muchos comentarios al respecto, muchos de ellos dispares, aunque lo cierto es que nunca se supo porque decidió no atarse nunca más a una mujer.

Siete

Para tapar el fracaso o quizá la incapacidad para enamorarse de nuevo, cambió los hábitos de vida y la forma de vestir. Empezó a usar sombrero, se traecía bien y por lo habitual lo hacía de color negro. Fumaba puros habanos en vez de cigarrillos cómo hacía antes. Su gran estatura, delgadez, la cabeza cuadrada y con sombrero de alas, le daban un aspecto de hombre extraño y solitario. Al oscurecer o con poca luz, visto de lejos parecía la imagen en negativo de una fotografía. Andaba a zancadas cuando paseaba solo y apenas se detenía con nadie. Era como “la sombra de la soledad”. Cogió fama de persona sobria y de pocos amigos, y si alguien quería preguntarle algo, o sencillamente saludarlo y entrar en conversación para ganarse su confianza, debía pensárselo bien antes. Había que ser breve, porque apenas daba tiempo al interlocutor.

La preocupación por las noticias de guerras y desastres naturales que estaban ocurriendo en el planeta, había sido un tema presente siempre en las conversaciones con los demás. En su cabeza se libraba una batalla con el desarrollo global que lo tenían preocupado y le producían un desasosiego exagerado. Argumentaba, que tanto desequilibrio en el mundo debía de tener una explicación y la había encontrado en los libros de astronomía. Influido por su fantasioso amigo francés acabó por no ir a ningún sitio. Sin apenas salir de casa, metido en la buhardilla consultando los apuntes que le había dado el amigo, las revistas de divulgación científica y los manuales de astronomía y un telescopio que había comprado meses atrás por mensajería, se pasaba los días enteros.

El invierno lo pasó casi como un ermitaño, entre la buhardilla y el sótano, haciendo no se sabía qué, y algunas veces que paseaba por el jardín. Las mujeres apenas lo veían, y solo alguna que otra vez lo vieron bajar al soterrado precipitado con algunos paquetes en las manos. Ya no eran esporádicos encierros consultando apuntes científicos en folios, sino largos periodos leyendo escritos sobre teorías del Universo que le hacían creer en una cercana destrucción del planeta. Una premonición que él sostenía por encima de todo. Leyó Aristóteles, a Ptolomeo, Copérnico y cuando llegó a Galileo le impresionó la pasión que el científico italiano debió de sentir en aquel tiempo por los astros y el empeño que ponía en las observaciones para demostrar lo que vio por el telescopio que había inventado. La teoría de la gravedad y el descubrimiento de la descomposición de la luz de Newton le maravillaron, pero no fue nada comparado cuando estudió a Edwin Hubble y su teoría de la expansión del Universo. Esto no conseguía entenderlo y se rompía la cabeza pensando cómo pudo suceder tal cosa. De noche observaba desde la terraza del caserío con el telescopio hasta altas horas de la madrugada todo lo que podía ver del cielo nocturno. A veces no miraba siquiera, sino que empleaba todo el tiempo en estudiar a los astros: las leyes físicas que lo gobiernan y los efectos en la vida del hombre. Sacaba sus propias conclusiones, y él mismo se asombraba de lo que deducía que podía ocurrir.

De tantas veces como consultaba aquellos manuales, aprendió a distinguir perfectamente una estrella doble de una enana blanca o una supernova, y creía saber si se desplazan con velocidad de corrimiento hacia el rojo o hacia el azul. Había enumerado todos los cráteres de la luna, el nombre de los valles y montañas y sabía cuándo se produciría un eclipse. Sabía también cuando estarían visibles los satélites de Júpiter: sus magnitudes, los diámetros y los periodos de rotación, incluso hubo días en los que se los pasó casi por completo estudiando y haciendo operaciones matemáticas para comprender bien el descubrimiento que hizo Christensen Roemer, sobre la velocidad de la luz observando las lunas de Júpiter.

En la Vía Láctea era donde más tiempo empleaba buscando algún cuerpo extraño moviéndose entre la miriada de estrellas. En ella encontraba verdaderas maravillas que le hacían deleitar. Esto lo

calmaba, pero cuando volvía a pensar en tantos sucesos como ocurrían a diario en la Tierra, caía de nuevo en el desaforo y se cuestionaba muy en serio un posible final apocalíptico. El argumento del científico francés Marqués de la Place, quien aseguró que tenían que existir leyes que controlaban todo el Universo, incluso el comportamiento humano, lo dejó perplejo. Esta idea le caló tan hondo que había días en los que ni siquiera bajaba a comer; tenía que ser su tía carnal o la hermana quien le recordara que debía tomar algo para alimentarse. Perdió peso y apenas se cuidaba el aspecto. El pelo y la barba le crecieron sin preocuparse en absoluto de la imagen que pudiera dar; hasta tal punto fue así, que tenía el aspecto de un náufrago.

En el torreón de la casa estaba bien, pero, el pensamiento se le había llenado de tanta curiosidad que, quiso salir a mirar con el telescopio en un sitio alejado del pueblo que fuera alto, y así observar los movimientos de los astros. Era lo que se recomendaba en los manuales para poder tener un espacio mucho más amplio del cielo y poder ver mejor las estrellas observables. A mediados de primavera, un día antes de la salida preparó todo el equipo, lo guardó en la caja y lo guardó en el coche para el día siguiente salir sin demora a la hora pensada.

Ocho

Llegó al lugar que había elegido un rato antes del ocaso para poder subir el material con luz natural. Hacía poco que había llovido y el viento había despejado el cielo de nubes; ideal para una noche de observación. Intentó subir con el todo terreno a la cima del cerro, pero a la mitad de la subida el coche empezó a patinar. Lo intentó varias veces, pero no lo consiguió, sin embargo, no desistió en su empeño. No estaba dispuesto a ceder por tan insignificante incidencia; dio marcha atrás a su cuatro por cuatro y lo dejó un poco más abajo. Cuando se bajó del coche sintió frío, pero no le importó, sabía que tenía que ser así si quería ver bien el cielo nocturno. Se abrigó, sacó el trípode del maletero y lo subió, luego bajó a por el tubo reflector e hizo lo mismo.

Estaba algo cansado de subir y bajar la pendiente resbaladiza, pero aún faltaban el banco para sentarse y una pequeña mesa; las cartas y las lentes las llevaba dentro del bolso que se colgó en el hombro. Cuando llegó arriba todavía faltaba un rato para que el sol se ocultara. Niveló el trípode, le colocó el tubo, el buscador de la polar y luego lo puso en estación. Era un reflector newtoniano, denominado así en homenaje a su inventor, físico y matemático inglés Isaac Newton, y podía hacer un seguimiento correcto de los planetas. Había oscurecido cuando terminó de instalarlo. Miró a lo lejos, y vio que las luces del pueblo apenas se apreciaban entre las colinas. Y un poco más allá vio unas pequeñas luces que se movían en ambos sentidos, pero desde allí no oía nada. Estaba a salvo de ruidos y de contaminación lumínica. Saboreó el aire, miró el cielo ya estrellado y sintió algo en su interior que lo superaba, sacó un puro de la cazadora que llevaba puesta, lo encendió con una cerilla y le dio una chupada, gozando de aquel momento tan especial. La inmensidad le hizo estremecer, su imaginación se desbordó y empezó a viajar más allá de los confines del Universo... Para él, era como si conociera todos los secretos y se moviera por el espacio como un objeto luminoso en la dirección deseada.

Pasó un rato hasta que detuvo el pensamiento de su viaje por el espacio, después, regresó al pie del instrumento para observar la bóveda celeste. Las ideas le venían a la cabeza con tanta fluidez, que le parecía entender con claridad todo el sistema y leyes del Universo. Se sintió rebosante de entendimiento, orientó el instrumento hacia un cúmulo de estrellas e hizo un barrido completo. El resto del tiempo lo pasó saltando de una estrella a otra para terminar en las pléyades, que tanto había deseado observarlas.

Como era la primera vez que salía a mirar el cielo nocturno, con el embelesamiento no se había dado cuenta de que habían pasado varias horas. Se sintió cansado y demasiado solo. Era tan grande el silencio y tanta la oscuridad, que apenas se distinguían los olivos más cercanos, era como si estuviera en medio de la nada. Solo el canto de los grillos y el ulular de algún ave nocturna le hicieron sentir que estaba vivo y en la Tierra. Le entró sueño, así que empezó a bajar todo el material y el telescopio. Pero la somnolencia y el cansancio hicieron que resbalara y cayera rodando cerca del coche. En la oscuridad, y

desorientado cómo estaba, no atinaba a encontrar las cosas que habían quedado desperdigadas por el suelo; incluso se quemó la cara con el habano y soltó algunos disparates. Suerte que no lo oyó nadie.

Anduvo a gatas durante bastante tiempo, buscando con la linterna los utensilios de observación. Lleno de fango y dolorido por la caída, metió como pudo todo el material dentro del vehículo, se subió a él lleno de fango y salió de allí atolondrado cogiendo todos los baches que había en el camino. Estaba alejado del pueblo, pero tenía la tranquilidad de que, aunque hubieran hecho carreteras por medio de sus tierras conocía muy bien el terreno, de tantas veces cómo había caminado en aquellos años por entre las plantaciones y no le costaría encontrar la salida. Sin embargo, se confundió con algunos accesos a la circunvalación. A la finca la dividía en dos, pero a él ya no le importaba, es más, le facilitaba mucho los desplazamientos de noche, aunque esta noche se hubiera perdido.

Llegó a Campo Blanco bien entrada la madrugada. Las mujeres que no habían podido pegar ojo, lo estaban esperando para ver en qué estado llegaba. Se bajó del coche como pudo, las botas embarradas le impedían andar erguido y casi no podía caminar. No se atrevía a separarse del coche por temor a caerse y tuvieron que acercarse para ayudarle. Arrecido de frío y lleno de barro como estaba, parecía que llevaran sujeto a una marioneta gigante. Por fin consiguieron entrar en la casa, lo desnudaron, lo metieron en el baño y después ya limpio y seco lo acostaron. Luego entre todas escondieron todo el equipo de observación donde no pudiera encontrarlo. Durante las horas que estuvo durmiendo tuvo pesadillas que le hicieron hablar en voz alta e incluso llegó a levantarse de la cama con los ojos fuera de las órbitas. Al oírlo su tía subió enseguida y lo vio sentado en el suelo al lado de la cama con la mirada perdida diciendo frases incomprensibles. Con mucho cuidado, lo cogió de la mano para no despertarlo y lo acostó mientras le hablaba en voz baja; casi en murmullo para evitar un sobresalto. Pero él no estaba dormido del todo, era un misterioso letargo en el que soñaba con su mundo del espacio.

Nueve

Dos días después de aquella fatídica noche, Leonino se sintió recuperado, en la cabeza, que no tenía otra idea que la de salir de nuevo, esperó una ocasión, cogió poco a poco todo el equipo y lo metió a escondidas en el coche. Esta vez, había pensado ir a un promontorio que estaba cerca de la carretera y de las parcelas, aunque la gente lo pudiera ver. A él no le importaba, lo que hacía no era nada malo, además, era un buen sitio, no había luces cerca y tenía el coche a mano. Convencido de ello, al caer la tarde se subió al vehículo lo arrancó y se dirigió al lugar. El sitio le gustó, así que empezó a sacar el equipo. Cuando tuvo montado el reflector se sentó en el banco y miró la puesta de sol. A lo lejos vio que alguien se acercaba y lo enfocó con el telescopio y, aunque veía la imagen invertida, vio que eran unos niños que montaban en bicicleta. Esperó a que llegaran. El ocaso aún no había llegado. Los chavales llamados por curiosidad se aproximaron a él y lo saludaron.

—Hola señor. ¿Qué es ese aparato tan raro? —. Preguntó uno de ellos.

—Es un telescopio, y sirve para mirar los astros, lo que se ve en el cielo de noche, para que lo entendáis.

—¿Y puede ver al planeta Marte? —. Preguntó el mismo chico.

—Sí—. Contestó Leonino—, pero no ahora, si queremos verlo debemos esperar hasta media noche y para vosotros es muy tarde, y si queremos verlo bien y temprano, debemos esperar hasta poco antes del verano después de que se haya ocultado el Sol.

—Bueno, adiós señor, —. Se despidieron los chicos.

Esperó hasta que perdió de vista a los zagaes. Sacó las cartas, las extendió sobre la mesa y empezó a consultar coordenadas, después siguió con las observaciones. Al rato apareció un coche y se detuvo más adelante. Oyó el ruido de las puertas del vehículo y le preocupó que quienes fueran trajeran malas intenciones. Dejó lo que estaba haciendo y puso atención, por si oía algo más que le indicara algún peligro. Todo estaba en silencio y no había señales de movimiento del lugar en el que se había parado el vehículo. Sin embargo, como no estaba tranquilo se asomó con sumo cuidado a ver qué hacían los ocupantes del coche. Dio unos pasos sigilosos, se escondió detrás de un montículo de tierra y vio que las únicas personas que ocupaban el vehículo estaban en los asientos traseros, pero no podía apreciar lo

que hacían. En la distancia observó vagamente que movían los brazos, como si hubiera un forcejeo entre ellos. Con su fantasiosa mente pensó que podía estar ocurriendo un asesinato dentro del automóvil. A los pocos segundos pudo oír unos quejidos y se acercó un poco más. De nuevo pensó que alguien pudiera estar a punto de morir y debía salvarlo, pero...ahora la víctima pedía más, y le pareció muy raro, si la estaba pegando era masoquista, pensó, y le estaba gustando los golpes que le daba la otra persona. Volvió sobre sus pasos, ahora más deprisa y sin hacer ruido, pero pudo oír unos quejidos más fuertes y se detuvo unos instantes para averiguar a qué se debían. No oyó nada y esperó un poco más sin moverse, atento, a algún otro quejido. Pudo al fin oír uno más fuerte que los demás, otro y otro... Le pareció que el supuesto malhechor estaba intentando acabar con la vida de la otra persona. Estaba convencido. Después dejaron de oírse. Estuvo tentado de averiguar qué sucedía, pero lo pensó bien, se encogió de hombros y se fue en busca del aparato. Tuvo sin embargo la ocurrencia de enfocar con el binocular el coche que tenía ahora encendida la luz del interior, y vio que una pareja joven se bajaba del vehículo y hacían algo que no se esperaba. — ¡Joder! —dijo—. Vaya maltrato que habrá recibido la pobre...

Ya más tranquilo orientó el aparato para enfocar a la Polar. Se había empeñado en detectar las variaciones del eje de la tierra. Había leído que dentro de cincuenta años aproximadamente, el eje terrestre cambiaría y durante la transición podrían ocurrir algunos desastres y la estrella Polar ya no sería la estrella guía. Mantuvo el telescopio horas en la misma posición e hizo anotaciones que solo él entendía. Sostenía, que el cambio climático era en su mayor medida debido a estas variaciones de “libración del eje terrestre”, y que el día en que se aproximara a la nueva estrella los rayos de sol incidirían en los polos de forma que los desastres en la tierra serían horribles, por eso él quería asegurarse de que sus predicciones fueran acertadas y actuar con tiempo.

Esa noche volvió temprano, no quería alertar demasiado a las mujeres de la casa y así lo tendría más fácil para otras veces. Cuando llegó le dijeron que no podía escaparse sin decir nada y que ellas no supieran dónde estaba. Convencido de que debía decirlo antes de hacer algo para su tranquilidad y la de ellas aceptó la recomendación.

Apenas cenó esa noche. Subió a su habitación, cerró la puerta ante la mirada atónita de las mujeres y nada más se oyó hasta por la mañana que bajó.

Diez

Las primeras horas de la mañana las dedicó a preparar la nueva salida, bajó luego al subterráneo y estuvo hasta la hora del almuerzo. Después se echó un rato la siesta. Perdió poco tiempo después de levantarse, tenía prisa por dejar todo arreglado. Poco antes del ocaso, la luna nueva apareció por encima del horizonte, pero todavía era de día y al llegar la noche se ocultó. Sabía que tenía una semana para observarla y a los demás astros antes de que su luz dificultara las noches de observación, así, que se volvió a escapar, aunque esta vez no le importó que las mujeres lo vieran irse con el coche.

Volvió al mismo sitio con luz del día. Quería estar antes de que oscureciera y no le importó estar a la vista de la gente. Sacó el aparato, lo instaló y luego sacó el resto del equipo. Dos jóvenes que iban haciendo deporte por allí se acercaron, y antes de llegar hasta él, le dijo uno al otro:

—Creo que es Leonino Cerval, hijo de don Fermín Cerval, esto era todo suyo y ahora fíjate cómo está, dicen, que le ha dado por salir en las noches a mirar las estrellas, y su tía y su hermana están desesperadas porque no saben qué hacer con él, y que no hay manera de hacerle desistir en su empeño. He oído decir que ha perdido un poco la cabeza de tanto cómo ha leído sobre los astros, y hasta se oyen comentarios de que se está tomando muy en serio lo del final del mundo. ¡Venga vamos a preguntarle, a ver cómo reacciona!

—Hola Leonino ¿Qué tal van las observaciones? ¿Ha visto algo curioso o alguna estrella nueva? —. Le preguntaron con intención de burlarse de él.

Él no se inmutó, ni hizo aspavientos alguno, pero empezó a buscar en su mente la manera de dar una respuesta adecuada en esos casos.

—Todos los días que salgo veo nuevas estrellas, —. Respondió seriamente, cómo era habitual en él —. Y algunos cambios en los

planetas, y eso es lo interesante, los cambios. De ellos dependen los nuestros en la tierra y nuestro conocimiento de los astros.

— ¿Y cómo sabe usted eso? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —. Preguntaron con ironía.

—Pues muy sencillo. Como todo en el Universo, las estrellas sufren cambios, y de esos cambios surgen nuevos sistemas y los sistemas son los que hacen que todo tenga sentido, hasta que vosotros estéis aquí molestándome con preguntas estúpidas.

Como no se esperaban esa respuesta, no dijeron nada, sino que se volvieron, le dijeron adiós y se perdieron camino abajo. Se sentó en su banco, cogió el habano y esperó tranquilo a que oscureciera del todo. Desenfundó luego los prismáticos y buscó en el cielo algo que le llamara la atención. Enfocó la luna antes de que se ocultara. La había observado cientos de veces, pero nunca se resistía a mirarla una vez más con el telescopio. Siempre le encontraba algún valle o alguna montaña nueva, o la contemplaba un rato. Se sentó a descansar un poco mientras se ocultaba el satélite y Saturno apareciera con su brillante luz. Era pronto para observarlo, y siguió saltando entre estrellas. Se había hecho tarde, miró a la izquierda y vio que el planeta Saturno ya se asomaba por el horizonte. Sabía que ese año los anillos estarían horizontales y sería una maravilla poder verlo a través del instrumento. Lo que sentía no era un gusto, sino un placer y esperaba hasta que alcanzaba el cenit.

Después la atención iba dirigida a la miriada de estrellas de la Vía Láctea; le entusiasmaba tanto que se perdía buscando entre ellas alguna de tantas maravillas como había en la banda lechosa. El viento soplaba del Oeste y pudo oír las cuatro campanadas del reloj de la torre. Sintió sueño, pero el cielo se había limpiado de calima y estuvo un poco más de tiempo aprovechando la transparencia del aire. Bostezaba cuando se acordó de lo que le dijeron su tía y su hermana, sin embargo, no tuvo prisa. Escuchó que un coche se acercaba, pero todavía no lo veía y esperó sentado al pie del telescopio. A los pocos segundos lo encandilaron las luces del vehículo y sintió miedo, ya no podía hacer nada, solo esperar a que llegara. La luz azul destellante del coche lo tranquilizó. Se detuvo a su lado y se bajó uno de los agentes.

—Buenas noches, —lo saludó el policía. — ¿No cree usted que ya es tarde para estar por aquí expuesto a que algún delincuente lo

ataque, o le ocurra cualquier otra cosa? Su familia está preocupada y nos ha llamado, así que porque no recoge usted ya los chismes y se va a casa.

—Está bien, recogeré y me iré —. Contestó sumiso.

—Venga que le ayudamos y le acompañamos hasta su residencia.

Llegaron a la casa, donde la tía Isabel y la sirvienta lo estaban esperando.

—Gracias agente, estamos hartas de decirle que no tiene edad de estar por ahí de madrugada, sin saber que le ha podido pasar, pero él no hace caso y va a donde quiere y cuando quiere — Afirmó la tía con gestos de desánimo.

—¿Y no tiene móvil?

—Sí, pero no lo usa. Lo deja en casa, y si lo lleva lo apaga. Dice que solo vale para hacer a la gente más tonta, además de gastar más dinero.

—Venga entre usted — Le pidió Patricia con aspereza — Nosotras nos encargaremos de todo eso que tiene en el coche, y cuando terminemos le haremos algo caliente, se lo toma y se acuesta, así descansa, que falta le hace.

De momento, Leonino había satisfecho la exagerada curiosidad que sentía por los astros, y a partir de ahí no se oyó ni una palabra más. En silencio y cabizbajo entró con ellas en la casa.

Once

Después de unos días con los ánimos por los suelos, se levantó temprano uno de esos días. Se había aseado, vestido y peinado como hacía tiempo que no se arreglaba. Se le veía buen aspecto y animado. Parecía otra persona, aunque la barba apenas se la había recortado. Isabel fue la primera que lo vio al bajar la escalera. Derecho como una baqueta, parecía un capitán pasando revista a su brigada.

—Buenos días sobrino. ¿Cómo estás hoy? —. Le preguntó la tía con intención de agradar.

—Estoy bien, le respondió él, pero estaré mejor si tomo esta mañana un buen desayuno como los que me hacías antes.

Isabel que se alegró de verlo tan distinto y dispuesto a como últimamente lo había visto, hasta se atrevió a darle un beso en la frente con ánimos de prepararle lo que había pedido para tomar.

—Hoy es un gran día Leonino, —. Le dijo ella casi rozándole el oído mientras le acariciaba con suavidad el pelo. Luego dejó las caricias y se dirigió a la cocina. Estaba ya torpe la madrina, y vieja, pero aún conservaba la habilidad y la memoria para preparar exquisitos platos. Él, esperaba paciente en el comedor sentado a la mesa, a que tía madrina terminara de preparar la tostada con jamón y el café con leche que tantas veces había tomado cuando sus padres vivían. Pasados unos minutos, la mujer apareció con lo prometido en una bandeja que guardaba en la cocina para momentos especiales.

—Aquí tiene mi querido ahijado —. Le dijo orgullosa, antes de sentarse frente a él a la mesa—. Una buena taza de café, y un pan tostado con aceite y jamón que resucita a los muertos.

—Pero bueno, exclamó el ingeniero al ver que la madrina no tomaba nada para desayunar — ¿Cómo te sientas conmigo sin tomar nada? ¿Es que me vas a acompañar esta mañana solo para mirarme cómo tomo el café? No probaré bocado hasta que no te prepares tú también un buen tostón como el mío y una taza de leche caliente.

A ella le pareció que el sobrino se había recuperado del supuesto desequilibrio mental y que estaba en buen momento. Inició una conversación sobre el futuro del cortijo, del poco terreno que le quedaba y lo que harían con Inés en los sucesivos años para que no le faltara la atención. Porque no podían olvidarse de que ella también tenía parte en las tierras, y aunque Isabel estaba allí porque quiso, y al matrimonio le había parecido bien, la responsabilidad de su cuidado era de los tres.

—Y esa es mi intención, —Continuó diciendo Isabel—. Porque entre otras cosas tú madre me confió que me lo tomara, si ella faltaba, como si fuera hija mía. De momento está muy bien, y no sé si sabrás que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sufrió un ataque. Aquí se siente feliz, a pesar de la falta de tus padres. Ella, aunque parezca raro lo aceptó bastante bien, y se ve que no necesita más de lo que tiene, el problema será cuando faltemos.

—Y ya que hablamos de tu hermana, ¿por qué no la llamas para que se siente con nosotros? Si te parece bien —. Añadió la tía.

—Me parece estupendo, —Respondió él—. Aunque mejor será que la llames tú, que sabes dónde está.

Así lo hizo Isabel. Se disculpó para ir en su busca, pero no le dio tiempo de levantarse de la silla. Las dos mujeres que estaban arreglando la parte de arriba, bajaban para continuar abajo con las tareas del resto de la casa.

—Vaya, no ha hecho falta, aquí viene acompañada de Patricia, —Indicó la madrina— Podéis coger esas sillas y acompañarnos, tu hermano así lo ha pedido.

Las dos mujeres se extrañaron mucho de este detalle de Leonino. Y se sentaron con ellos a desayunar.

—Desde hoy lo podemos hacer todos los días... creo que será bueno para todos—. Se anticipó a decir la tía, pero después hizo un gesto de arrepentimiento. Nadie dijo nada al respecto, pero el ingeniero, sin dejar de comer miró de soslayo a la madrina. Ella, durante unos segundos esperó tensa una respuesta, pero él no dijo nada y continuó con el café. Le siguieron unos segundos de silencio. Lo rompió Isabel, cuando comprobó el poco resultado que había obtenido con aquellas palabras e intentó ser condescendiente con el sobrino.

—Bueno Inés, le estaba diciendo a tu hermano que tú puedes ayudarle a limpiar el coche y el aparato para que pueda usarlo otro día, por ahora hace mucho frío y será mejor guardarlo por un tiempo.

Inés que en sus cortas luces no entendía muy bien de que iba la cosa con su hermano, fue espontánea.

—Sí, vale, yo le ayudaré. Está loco Leonino ¿verdad tía? —Preguntó Inés con ingenuidad- tartamudeando en cada palabra que pronunciaba—. Pero... yo— lo —qui - ero y— no —quie —ro— que— le— pase —naa...da.

—No te preocupes que no le ocurrirá nada, pero tú ayúdale durante unos días en todo lo que necesite.

El sobrino no pronunció palabra alguna, pero la expresión de su cara ya no era la de una hora antes. Se limpió la boca con la servilleta, y sin hacer ningún gesto que delatara enojo, se sirvió un poco de agua del jarro que había en la mesa, bebió y dio por terminada la charla que había emprendido hacía poco. A continuación, se levantó de la silla,

se disculpó y salió ante la mirada atónita de las mujeres al porche de la casa. Después desapareció sin decir una palabra.

Doce

En las dos semanas siguientes no sacó el instrumento, solo hizo anotaciones durante las noches en el torreón de la casa, y durante el día se metía en el sótano hasta poco antes de comer. En ocasiones, se perdía por los alrededores, buscando un lugar más donde no hubiera luces cerca ni ruidos molestos que contaminara la zona y pudiera realizar sus observaciones con tranquilidad. Aunque estuvo hasta final de mes dedicado solo al estudio de los manuales y a practicar con el instrumento, llegó el momento de no poder aguantar más.

La primavera se acercaba a su final y el verano ya empezaba a abrir sus puertas. Las noches oscuras y limpias se le iban y no las aprovechaba, así que ideó un plan para salir antes de que volviera la luna nueva y la media y la entera y perdiera dos semanas de observación. La mejor idea que encontró fue hablar con las mujeres y decirles que no iría muy lejos de allí, y ahora con el buen tiempo que hacía no cogería frío, así que, saldría, aunque ellas no quisieran.

—Debo seguir observando a los astros—les dijo una tarde ya desesperado. Pero ellas le respondieron que no entendían la necesidad suya de irse solo por ahí, qué esas cosas solo valían para perder el tiempo y la cabeza, y hacer que enfermara —enfaticó por último la tía.

—Ellos me dicen muchas cosas —argumentó él con soberbia—, que vosotras ignoráis, y si os las dijera no seríais capaces de entenderlas lo más mínimo. Ya me gustaría a mí. Todos deberíamos interesarnos más por ello, aunque creo que no sirve de nada que yo os anime, pues está claro que no le veis la importancia que ello tiene, y yo, según vosotras, soy un loco que solo habla y hace disparates. No obstante, creo que algún día me darán la razón, pero me parece que vosotras no lo haréis nunca, con vuestro corto conocimiento sólo alcanzáis a llevar la casa y poco más, por eso vuestras razones son simples y carecen de contenidos profundos. Para vosotras, ver un poco más lejos de vuestras narices es imposible.

—Está bien, no queremos escuchar más sandeces—respondió al fin tía Isabel—. Haz lo que te plazca, nosotras ya tenemos bastante con limpiarte tu habitación, lavarte la ropa y ponerte de comer, lo que te ocurra será cosa tuya y de nadie más. Yo ya estoy muy vieja y no tengo ganas de llevarme sofocones.

Isabel le había dicho aquellas palabras en un momento de rabia, pero tenía claro que nunca lo dejaría solo. Pero él, que no se esperaba que la tía respondiera de esa manera, entró en cólera y alzó la voz con intención de intimidarlas y hacer lo que tenía pensado de una vez por todas.

— ¡Habláis mal de mis acciones —Espetó — cuando nada os debe importar, ya que ni siquiera os interesa el equilibrio de vuestro entorno, ¡ni sentís respeto por él! Y respecto a vuestro trabajo, está más que compensado con lo que os pago, no os consiento tales reproches. Si no estáis conformes y queréis iros podéis hacerlo, sois libres y nadie os lo impide, si por el contrario preferís quedaros, ¡¡Os pido que no os interpongáis en mis asuntos porque podéis arrepentiros! —. Remató.

Muy serio, con paso firme y sin mirar hacia atrás, metió todos los artilugios en el maletero y cerró de un portazo. A continuación, arrancó el todo terreno y salió del aparcamiento con un fuerte acelerón, mientras las mujeres miraban atónitas cómo se alejaba.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —exclamó desesperada tía Isabel.

Era todavía temprano cuando llegó al lugar elegido. Al Sol aún le faltaba para esconderse y pudo elegir un sitio en el cerro donde cupiera el coche, la mesa con las cartas y todo el material de observación. Había instalado el telescopio antes de quedarse sin luz solar, sacó la cajetilla de habanos y encendió uno mientras esperaba que anoheciera. Oyó voces de gente que venían de andar por los alrededores y caminaban de manera apresurada para que no les cogiera la noche por los senderos. Detrás, le seguían unos ciclistas que adelantaron a los caminantes y al llegar a su altura se detuvieron. Eran los mismos zagales que pasaron por allí días atrás. Sin dejar las bicicletas lo saludaron.

—Hola señor, ¿Vio usted el planeta Marte aquella noche? —le preguntó uno que tenía la cara alargada como un pepino.